CELINA DE ALBEAR
Ó
TODO POR LA PATRIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

RAFAEL GIOVAGNOLI.

Representado por primera vez en el teatro de la Alhambra, por la compañía dramática italiana, bajo la direccion del Sr. Aquiles Mayeroni.

MADRID.—1872.
IMPRENTA DE D. PEDRO MONTERO.
Plaza del Cármen, 5.

CELINA DE ALBEAR

Ó

TODO POR LA PATRIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

RAFAEL GIOVAGNOLI.

MADRID.—1872.
IMPRENTA DE D. PEDRO MONTERO.
Plaza del Cármen, 5.

DISTRIBUCION DEL DRAMA.

PERSONAJES.

Duquesa Celina de Albear. . . . . .
Don Melchor de Lermas. . . . . . .
Coronel Jorge Laulanes.. . . . . . .
Capitan Ramiro Diaz. . . . .
El teniente Leon Soligni. . . . . . .
Manuel *El Exterminador*. . . . . . .
Don Rodrigo Manriquez. . . . . . .
Don Alvaro de Meluna . . . .
Benito. . . . .
Carlottier. . . . .

Personajes que no hablan.—Franceses, oficiales, un sargento, un cabo, dos soldados españoles, dos criados de la duquesa, guerrilleros españoles.—La escena es en Pancorbo, en Vizcaya, en el año de 1813.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un vasto y antiguo salon en el Palacio de los Albear. En el fondo un gran balcon con puertas vidrieras que dan al campo. Las paredes estarán adornadas con los retratos de familia de los Albear. A la derecha dos puertas, la primera da á las habitaciones del Coronel, la de atrás debe ser mas grande que las otras y da paso á la escalera comun (ó principal.) En medio del salon una mesa con escribanía, etc. Al rededor de ella tres sillones. Todos estos muebles ricos, pero antiguos.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon empieza á amanecer y poco á poco viene el dia. Una lámpara casi apagándose. Benito, *en traje español, decente, pero modesto, está sentado en un sillon. Tiene un gran rosario entre las manos y duerme. Despues de un minuto se oye girar una llave en la cerradura de la puerta comun (ó principal), esta se abre y entra Carlottier con uniforme diario de soldado francés; se pone el sable y estará manco del brazo izquierdo, trae una linterna encendida.*

BEN. (*Al ruido de la puerta, se levanta sobresaltado y llevando la mano debajo del chaleco al mango de un puñal oculto que hará ver al público y grita.*) ¿Quién va?

CARL. (*Levantando la linterna y mirando á Benito.*) Compadre, soy yo. (*Apaga la linterna y la esconde en un ángulo.*)

BEN. (*En cuanto vé á Carlottier, esconde el puñal, y vuelve á tomar el rosario afectando un aire de santidad ó sencillez.*) ¡Ah! ¿Sois vos, Carlottier?

CARL. Yo en carne y hueso. Ya es de dia y vengo á despertar al Coronel. ¿Y tú, qué haces levantado á esta hora, ó por decir mejor, sin haberte acostado todavía? ¿Masticas el Ave-María, segun costumbre? ¿O estás rezando tal vez la novena de Santiago de Compostela?

BEN. Si no es la de Santiago, es la de la Vírgen de Guadalupe.

CARL. Brava jóven la Vírgen de Guadalupe.

BEN. ¿Empiezas con tus acostumbradas bromas contra las cosas sagradas? ¡Incrédulo, excomulgado!

CARL. Vaya, vaya, no te encolerices... Lo he dicho por bro-

ma. Sí, es verdad; nosotros los franceses somos un poco burlones, un poco incrédulos; pero en el fondo, créelo, somos unos buenos diablos; mientras que vosotros los españoles sois religiosos, dispensad, hasta la supersticion, hasta el fanatismo. Es cuestion de gustos, y siento que por esta variedad de gustos he perdido mi pobre brazo en un encuentro contra el *Empecinado*.

BEN. (*Apagando la luz, dice entre dientes.*) ¡Hemos perdido nosotros tantas cosas; hemos perdido!....

CARL. ¡Eh!.... lo sé, no digo que no... así es que, vosotros perdeis, nosotros perdemos... ¿y quién gana?

BEN. ¿Y quién os ha llamado á España? ¿Por qué quereis ser los dueños en nuestra casa?

CARL. ¡Eh! No te incomodes, querido Benito; ¿crees que no lo comprendo? Lo comprendo muy bien. ¿Crees que me acomoda á mí? Pues no me acomoda de ninguna manera... Mande quien pueda y obedezca quien deba... ¿Crees que no me hallaba mejor en París, en la posada de *Saint-Honoré*, donde yo era camarero? ¡Friolera, si no estaba allí mejor!.. Tenia mis dos brazos, y ahora no tengo mas que uno, y aun no estoy lejos de perder tambien éste. Entonces tenia dulces coloquios, ya con la Nina, ora con la Luisita, dos graciosas criaturas, menos bellas que vuestras españolas, si se quiere, pero menos austeras; tenia buen vino á todo pasto, poco en qué pensar y mucha alegría. Un dia, de pronto, ¡á las armas! Llaman á todos los de mi clase, me ponen un morrion en la cabeza, una mochila á la espalda y un fusil al brazo, y *Allons marche*. ¿Dónde vamos? Al ejército de los Pirineos... Bueno, dije yo, así haré conocimiento con las españolas. Llegamos á Bafonne, hicimos dos meses de maniobra, y despues *marche* otra vuelta, y nos echan sobre las montañas de Navarra y de Vizcaya para andar á tiros con vuestros guerrilleros que se escurren como gamos, que nos hacen correr desde por la mañana hasta la noche, y cuando ya cansados creemos tener una hora de reposo, nos mandan sus billetes de visita, representados por balas de sus carabinas, desde cualquier pico de montaña donde ni aun el diablo puede agarrarse. Y hace ya dos años que llevo esta vida, que al fin no me parece nada envidiable. ¿Y sabes cuál ha sido la única española con quien he hecho conocimiento? Pues ha sido la bala que me rompió el brazo!.. Ea... Ea... No pensemos en cosas tristes .. Créeme, camarada; si vosotros estais mal, nosotros no estamos nada

bien. (*Saca una botellita.*) Toma mi ejemplo, hecha un trago... y no hablemos mas de esto.

BEN. (*Que durante el discurso de Carlottier, habrá estado mirando con inquietud la puerta del fondo.*)
Gracias, gracias... Has de saber que los españoles aman poco el vino y muy poco los licores.

CARL. Es verdad: ustedes son sóbrios, cuanto intemperantes nosotros. Es cuestion de clima, de naturaleza, de educacion, y sobre todo de gustos. Y te aseguro, amigo Benito, que si no hubiese la guerra, esta variedad de gustos nos haria vivir á los dos en la mas grande armonía. Yo haria el sacrificio de dejarte toda el agua, y tú me dejarias todo el vino.

BEN. (*Sonriéndose.*) Siempre estais de buen humor.

CARL. (*Bebiendo.*) Siempre. Bebo otro traguito, y despues voy á despertar al Coronel.

BEN. ¡Y ella que aun no ha vuelto!

ESCENA II.

EL CORONEL LAULANES Y LOS DICHOS.

El Coronel sin sable trae la cruz de la Legion de Honor, abre la puerta de la izquierda, mientras Carlottier destapa la botella.

COR. ¿Qué haces aquí, poltron?

CARL. (*No sabiendo cómo hacer para saludar al Coronel, lo saluda con la botella.*) Venia á llamarlo, Coronel.

COR. Sin embargo, antes le dabas un beso á la botella de aguardiente.

CARL. Es bueno contra el frio, Coronel.

COR. ¿Frio en España en el mes de Junio?

CARL. Es lo mismo, mi Coronel; es tambien bueno contra el calor.

COR. ¡Bribon! Anda, vé y arregla mi habitacion.

CARL. (*Moviéndose para irse.*) Al momento, mi Coronel.

BEN. (*Que al aparecer el Coronel lo habrá saludado con circunspeccion, ha ido al fondo y ha abierto á media la puerta vidriera, dando señales de inquietud.*) ¡Pero qué habrá sucedido!

COR. ¡Carlottier!

CARL. ¿Qué mandais, mi Coronel? (*Deteniéndose.*)

COR. ¿Hay alguna novedad en el cuartel?

CARL. Ninguna... Ah, sí... hay una. A los dos ha llegado un batallon de 200 conscriptos.

COR. ¿En buen órden? ¿No ha tenido malos encuentros en el camino?

CARL. En diez dias de marcha ha sido atacado catorce veces por los guerrilleros... No ha perdido mas que 37 hombres, incluso el capitan.

COR. Márchate. Dame mi pipa. (*Carlottier entra, saludándole.*)

BEN. (*No puedo vivir con esta angustia, iré yo mismo al palacio de los Manriquez.*) ¿Teneis algo que mandar, señor Coronel?

COR. No... gracias... Benito .. (*Se queda pensativo: Benito saluda y vase.*

ESCENA III.

EL DICHO SOLO: DESPUES CARLOTTIER QUE SE RETIRA.

COR. ¡Salen de la tierra! ¡Se multiplican como por encanto estas guerrillas!

CAR. (*Ofreciéndole la pipa con yesca encendida y retirándose.*) Aquí está la pipa, mi Coronel.

COR. El rey José ha tenido que abandonar á Madrid, su marcha ha sido interrumpida por las guerrillas...

Vellington con 80.000 hombres sigue al Rey y al mariscal Jourdan... ¡Ah! ¡Por vida! ¡El asunto se pone sério, sério de veras.

ESCENA V.

DICHO. EL CAPITAN RAMIRO DIAZ. EL SUBTENIENTE LEON DE SOLIGNI. RAMIRO CON LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR.

RAM. (*Desde dentro.*) ¿Hay permiso?

COR. Adelante.

RAM. (*Saludando militarmente.*) Buenos dias, Coronel.

COR. Buenos dias, amigos mios, sentaos; y bien, Capitan ¿que hay de nuevo?

RAM. Ayer tarde, una patrulla de esploradores de unos 80 hombres y mandada por el subteniente Verdier, se ha encontrado á tres millas de Pancorbo con una de las guerrillas del *Exterminador*, que despues de haberse tiroteado con ella algun tiempo, fué puesta en fuga, y no tuvimos mas que tres heridos.

COR. ¿Han sido auxiliados en la enfermería?

RAM. Sí, mi Coronel; y el médico de servicio ha asegurado que las heridas no son de peligro.

COR. Procurad que se les tengan todos los cuidados posibles.

RAM. Ya he dado las disposiciones oportunas. Ha llegado el batallon de los alistados procedentes de Bayona, y del que á consecuencia de la muerte del capitan *Eselin*, ha quedado siendo comandante el teniente Soligni... (*Presentándose Leon.*)

LEON. Que tiene el honor de presentarse á su nuevo Coronel.

COR. He tenido muy buenos informes de Vd. y sé que sois muy valiente.

LEON. Todos los franceses lo son igualmente.

COR. ¿De manera que Vd. proviene del ejército del Rhin?

LEON. Si, Coronel, formaba parte en la division Richard en la batalla de Lutzen, una de las victorias mas brillantes de que se puede jactar la Francia. Una maldita bomba me hirió en un muslo y me hizo ir al hospital. Apenas me restablecí, porque los soldados franceses, ó morimos al momento ó sanamos pronto, me enviaron al ejército de los Pirineos, y destinado á la 7.ª compañía á las órdenes del valiente capitan Eselin, hace once dias partimos de Bayona, éramos 16 compañías que debíamos una á una reunirnos á las diversas guarniciones. Mandaba el coronel Duvier.

COR. Austero, pero soldado valeroso.

LEON. Y ha dado las mas grandes pruebas de serlo. Hemos sido atacados catorce veces por numerosas guerrillas. Cada marcha ha sido un combate, en las gargantas de las montañas en los sitios mas difíciles, y cuando menos nos lo esperábamos, nos atacaban vigorosamente y aun no habíamos concluido de rechazar á los bandidos de la derecha, cuando nos atacaban formidablemente por la izquierda: *macrenom*, decia yo, es posible que en este pais no haya mas que bandidos.

RAM. Guerrilleros señor Soligni.

LEON. Llámeles Vd. como guste, para mí no son sino bandidos.

COR. El capitan Ramiro Diaz es de orígen español, es uno de los pocos que han abrazado la causa de los franceses.

LEON. (*A Ramiro.*) Ciertamente, mi intencion no es la de ofender á un valiente cual vos sois: por otra parte, hay que convenir en que estos perros...*Pardon*, que estos guerrilleros se baten con una energía y una rabia digna de mejor causa. Ha sido con la partida del *Exterminador* con la que hemos peleado mas de seis veces, y ayer por la ma-

ñana nos ha dado mucho que hacer por última vez, y su partida ha sido la que, hace cuatro dias, ha dado muerte al pobre capitan Eselin... Ha muerto como un héroe, como un verdadero francés; ha recibido sucesivamente una bala en un brazo, otra en un muslo, y otra en el estómago... Esta última es la que se le indigestó... y hasta que cayó, continuaba marchando contra los enemigos, diciendo:« ¡Adelante, hijos mios, adelante!» y á poco espiró. ¡Pobrecillo!

COR. Hace cuatro años que el *Exterminador* ocupa estas montañas y no ha dejado un instante de atacarnos, sin poder descubrirlo ni arrojarlo de ellas, no se vé en ningun sitio y está en todas partes: mientras lo seguíamos por una parte, él se sale fuera por otra opuesta.

LEON. Y es muy jóven. Lo he visto. Me lo enseñaron en los combates de los dias pasados. Además, era fácil conocerlo por su traje pintoresco, todo franjas, bordados y alamares. Nunca pude ver sus espaldas; se retiraba siempre combatiendo, siempre con la cara vuelta á nosotros; tan pronto se internaba en una garganta, ya desaparecia en un bosque... en verdad digo, que para un francés acostumbrado á ver las espaldas á los enemigos hay para volverse loco... auf por lo demas..., (*A Ramiro,*) y lo digo, Capitan, para manifestaros que no trato de ultrajar vuestra nacion, todo esto es en honor de aquella canalla... es decir, de aquel jefe de cuadrilla.

COR. Teniente, segun veo, no os falta alegría... Sois un gran hablador.

LEON. Todos los franceses lo son igualmente.

COR. Por lo demás vuestros doscientos reclutas.

LEON. Ciento sesenta y tres, Coronel; porque treinta y siete durante la marcha, han sido puestos fuera del ordinario.

COR. Vuestros reclutas llegan oportunamente; y puesto que nos vemos con pocas fuerzas, pues nuestro regimiento se ha quedado reducido solo á nueve compañías, podré ahora reunir la cifra de novecientos hombres; (*á Ramiro.*) Me parece.

RAM. Ochocientos setenta y dos.

COR. Tenemos cuatro piezas de Artillería, y con esta poca fuerza debemos sostenernos á toda costa en esta formidable posicion de Pancorbo. Tenemos que ir á caballo por un camino que vá por malezas inaccesibles y profundos caos. Es necesario cerrar enteramente este camino al general Wellington, que pudiera unirse por él, con el rey

José, y al Mariscal Jourdan, antes que ellos efectúen la reunion de los varios cuerpos de nuestro ejército. Ahora estamos con bastante fuerza para batirnos aquí...

LEON. Hasta la muerte.

COR. ¿Cuál es el espíritu de vuestro destacamento?

LEON. Excelente.

COR. ¡Deseo ver á estos reclutas! Carlottier! (*Llamando*). Dame el sable y el sombrero.

ESCENA V.

CARLOTTIER, CON EL SABLE Y EL SOMBRERO.

CARL. Hé aquí el sable, mi Coronel. (*Ayudándole á ceñírsele.*)

COR. (*Dándole la pipa*). Por si ocurre algo, estoy en el cuartel.—Vamos, señores, el deber del buen oficial, es su frecuencia al cuartel. (*Vase*).

RAM. (¡Sin verla!) (¡*Vase por el fondo con Leon*!)

CARL. No ha fumado casi nada el Coronel... tanto, mejor, fumaré yo... ¡Eh! El pobre tiene tanto en qué pensar... Pero, digo yo, ¿qué le costaria al bendito del Emperador dejar á estos endiablados españoles cocer su olla y conducirnos á nosotros á Francia? ¡Ah! ¡Paris! ¡Paris! (*Vá á marcharse y Benito sale por el fondo.*)

BEN. Daré las gracias al Coronel.

CARL. ¡Ah! Hé aquí Benito y Carlottier.

BEN (*Entrando.*) ¡Ah! Gracias á Dios y á Santiago. No ha corrido ella ningun peligro: al momento estará aquí. ¡Pobre Duquesa, tener que perder toda la noche en el Palacio Manriquez, esperando al *Esterminador*! ¿Y quién sabe por qué él no ha venido á la cita? ¡Si lo habrán arrestado... Arrestado él!.. ¡Ah! no es posible.

ESCENA VII.

CARLOTTIER POR LA IZQUIERDA CON LA BOTELLA VACÍA, Y DICHO.

CARL. (*Fumando.*) Dí, camarada, ¿quiéres darme la acostumbrada botella de agua?

BEN. Con mucho gusto. (*Toma la botella y entra por la derecha.*)

CARL. Si tuviera todavia mi brazo izquierdo, iria yo mismo á llenarla en el pozo, pero mi brazo izquierdo ha servido á la pátria, segun dice el sargento Gautier, para consolarme... A la pátria un cuerno, digo yo, ha servido á estos

perrcs de españoles para sus tierras... pues como no tienen ganas de laborarlas, procuran engordarlas.

ESCENA VIII.

BENITO Y DICHO.

BEN. (*Con el agua*).

CARL. (*Mira bien el agua, hecha una poca agitando la botella*). Camarada. A tí que te gusta tanto, bebe un buche.

BEN. (*Bebiendo.*) ¿Sois desconfiados del mismo modo siempre?

CARL. (*Volviendo á tomar la botella*). ¿Desconfiado? ¡Qué!.. Dios me libre... ¿Pero cómo he visto tantas desde que estoy en España?

BEN. ¡Hemos visto nosotros tantas desde que estais en ella!

CARL. Tambien puede ser eso verdad.

BEN. En fin, desde que estais aquí, en el Palacio de la duquesa de Albear...

CARL. Tu duquesa es una viuda adorable .. es bella como un ángel, pero no se si será igualmente buena... en fin, desde que estoy en España he visto tantas... he visto que vuestra agua produce ciertos efectos... por lo que no la bebo... habrán sido los gusanos ó gusarapos, no digo que nó, pero ciertas precauciones no cuestan nada. (*Váse*).

BEN. (*Mirándolo con ojeriza*). ¡Oh! ¡Si yo pudiera envenenar el aire que respirais!

ESCENA IX.

LA DUQUESA CELINA VESTIDA ELEGANTEMENTE Y DICHO.

CEL. ¡Siempre aquellas miradas!.. ¡Siempre aquellos suspiros! ¿Me amará verdaderamente? (*Pausa*). ¡Benito!

BEN. ¡Ah! ¡Señora duquesa!

DUQ. Pregunta á Francisco y á Diego, interroga á Inés y á Diomira, si durante mi ausencia y la tuya ha llegado por casualidad algun mensajero suyo.

BEN. Voy al momento, señora Duquesa. (*Váse por la derecha*).

CEL. ¿Qué le habrá impedido llegar dónde se le aguardaba con tanta ánsia? Me confundo en multitud de conjeturas: sin embargo, las comunicaciones son muy difíciles y á pesar de ello, espero que vendrá. ¡Oh! Dios protejerá los desesperados esfuerzos de un pueblo generoso que quiere librar á su país de los extranjeros. Solo los libres

son fuertes, y Dios está con los fuertes... Manuel es fuerte... y alcanza su fuerza en una sola fé; el amor de la pátria! (*Permanece pensativa*). ¿Pero cómo, cómo Ramiro puede combatir contra sus hermanos bajo la bandera de los opresores de su Nacion? ¡Ah! imposible es que no haya en esto un ministerio... quizá finge! quizá medita la ruina de los franceses... ¿Pero por qué no me lo confía? ¿A mí, que me demuestra querer tanto? ¿A mí, que no le oculto mi desprecio? No, no, en vano quiero disculparlo... (*Pausa*). ¿Y por qué lo disculpo? ¿Lo amaré tal vez? Cuando lo creí francés, al verlo tan bello, tan noble, tan generoso probaba por él una simpatía, un afecto. (*Cubriéndose el rostro*). ¡No, no, no puedo, no debo amarlo! Yo lo ódio y lo desprecio.

ESCENA X.

Benito y dicha.

Ben. No há llegado nadie, señora Duquesa.

Cel. Paciencia. Vé pues y dále esta noticia al conde Manriquez.

Ben. Al momento, Sra. Duquesa.

Cel. Es inútil recomendártelo, usa de la mas grande circunspeccion. (*Vase por la derecha.*)

Ben. ¡Oh! no lo dudeis. (*Encaminándose.*) No estaré seguro de que le ponga sobre las huellas de nuestras tentativas.

ESCENA XI.

Manuel por el fondo vestido de peregrino con barba postiza andando encorvado y fingiendo la voz, y dicho.

Man. Dad posada, por amor de Dios á un pobre peregrino que va á cumplir un voto al santuario de Santiago de compostela.

Ben. (*Tal vez un mensajero.*) Adelante. (*Con precaucion.*) Buen peregrino.

Man. (*Acercándose á Benito despues de haber mirado alrededor.*) Introdúceme al momento á las habitaciones de la Duquesa.

Ben. (*Con desconfianza*) ¿Quién sois?

Man. (*En su voz natural y haciéndose conocer de Benito.*) Manuel el Exterminador.

BEN. (*Gritando.*) ¡Santísima Vírgen de Guadalupe!
MAN. (*Ocultándose de nuevo.*) ¡Chito!
BEN. (*Reponiéndose de la sorpresa.*) Entrad allí, buen peregrino, os daremos un poco de comida.
MAN. Dios os lo pague. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XII.

CARLOTTIER, QUE HABRÁ OIDO LAS ÚLTIMAS PALABRAS, LIMPIANDO UNA BAYONETA CON LA MANO DERECHA Y CONTRA EL PECHO Y DICHO.

CARL. ¿Qué ha pasado?
BEN. (*Balbuceando oraciones.*) Nada, un pobre peregrino.
CARL. (*Con aire incrédulo.*) ¡Ah! tu magullas, siempre ¡Ave-María! ¿Quieres á toda costa irte á la gloria, eh?
BEN. (*Volviendo las espaldas.*) Qué os importa. (*Vá para entrar á la derecha rezando siempre.*)
CARL. (*Poniéndose el dedo en la nariz como quien lo sabe todo.*) Vá enhorabuena, os cedo aun mi puesto en el cielo. (Pero lo que es de los peregrinos no me fio.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el Palacio Albear, adornado ricamente segun el gusto de la época. A la derecha dos puertas con elegantes tapicerías. A la izquierda puerta como la anterior. Mas atrás ventana con colgaduras, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

CELINA VESTIDA ELEGANTEMENTE SENTADA JUNTO Á UNA MESA Y CON UN LIBRO EN LAS MANOS, BENITO DE PIÉ, CERCA DE ELLA.

CEL. ¿Duerme todavía mi sobrino?
BEN. Sí, Sra. Duquesa.
CEL. ¿Con qué aun le dura la fiebre?
BEN. No hay ni el mas mínimo síntoma... Créame, Sra. Duquesa, la que tuvo antes de ayer D. Melchor, no era

mas que una calenturilla efecto del calor y de las fatigas del viaje. Salido del colegio de nobles de Vitoria; encerrado de repente al arbitrio de los opresores, habrá cometido algun pequeño desórden durante el dia que se ha detenido en Vitoria, habrá corrido por los jardines, se habrá acalorado... Ya se sabe cómo son los muchachos .. Y en fin, desde Vitoria aquí, hay una gran tirada... Créame, no es nada.

CEL. Así lo espero. Está pronto á avisarme cuando se despierte... Quiero ir á verlo al momento.

BEN. Si continúa con la disposicion que ayer tenia, creo que apenas se despierte se levantará y vendrá él mismo á darle noticia de su salud.

CEL. Me alegraré muchísimo. (*Mirando alrededor.*) ¿Y Manuel?

BEN. Ya se ha quitado su traje de peregrino... Y está en mi cuarto vestido de criado.

CEL. ¿Has avisado al conde Mauricio, de su llegada?

BEN. Y aun al Marqués de Meluna... Vendrán aquí, pero por la noche, para no aumentar sospechas.

CEL. Aumentar ¿Pues qué hay ya algunas?

BEN. ¡Eh! El farsante de Carlottier que lo vió entrar en esta habitacion, no me pareció persuadido de que fuese un peregrino.

CEL. Pues es menester redoblar las precauciones.

BEN. Seguramente, voy antes á observar los actos y las palabras de Carlottier para descubrir terreno. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA II.

D. MELCHOR DE LERMAS Y DICHA.

MEL. (*Vestido con elegancia y besando la mano á Celina.*) Buenos dias, mi bella tia.

CEL. ¡Cómo! ¿Te has levantado ya? ¿Conque te sientes bien?

MEL. De verdad que me siento muy bien, querida tia: vos estais ya bien... ¡Lo veo porque me pareceis mas bella que ayer! Como ayer me parecíais mas bella que antes de ayer.

CEL. Y así sucesivamente, aduladorcillo.

MEL. (*Sériamente.*) ¡Oh! tia, un caballero español, en cuyas venas circula la sangre de los Lermas y de los Albear no se bajará nunca á adular á nadie.

CEL. ¡Oh! ¡Oh! Eres de un carácter mas sério y mas reflexivo de lo que tu edad requiere.

MEL. Mi edad. ¡Por lo que se vé, vos me teneis siempre por un niño!

CEL. No tienes mas que diez y siete años.

MEL. Y bien. ¿No es esta un edad en la que se pudiera haber empuñado ya una carabina y ponerse á la cabeza de una guerrilla contra los opresores?

CEL. (*Sospechosa*). ¡Calla! Valiente Melchor: Dios te bendiga y te conserve en estos nobles sentimientos. La hora de nuestra venganza se acerca. Los estrangeros perseguidos por el ejército anglo-hispano, han abandonado a Madrid. Todo el pueblo se va sublevando á su paso y... por Dios sé cauto... en este mismo palacio...

MEL. Se acampa el enemigo, lo sé: Benito me ha contado que el Coronel francés que manda en Pancorbo ha elegido su residencia en vuestro palacio... como hacen todos estos, que nos tratan como los conquistadores tratan á los conquistados. Oh ¡pero se arrepentirán! Sin embargo, mi querida tia, no lo dudeis, seré prudente: por lo demás, en los tres dias que hace estoy aquí, no he visto aun á ninguno de estos... seré feliz si no me encuentro con ellos... cuando los veo se me revuelve la sangre y...

CEL. Chito.

ESCENA III.

BENITO Y DICHOS.

BEN. El capitan Ramiro Diaz, pide ser recibido en el instante por la Sra. Duquesa.

CEL. (El) ¿Qué quiere ese hombre?

Mel. (*Amenazador*). Querida tia ¿Os incomoda quizá?

CEL. No. Antes deseo hablarle. Por lo demás, él es el mas cortés y respetuoso que los demás. Es un noble valiente de nacimiento y de costumbres. Hazle entrar. (*A Melchor*). Y tú, déjame sola con él. (*Vâse Benito*.)

MEL. Voy al salon de armas á tirar á la espada con el viejo Diego.

CEL. No te fatigues demasiado.

MEL. No temais, querida tia, adios. (*Vâse*).

CEL. (*Pausa*). ¿Qué querrá? ¡Esperimento una emocion! (*Toma

el libro en que leia antes, sin querer). No. Es preciso que lo despida bajo el peso de mi desprecio. . .

ESCENA IV.

RAMIRO Y DICHA. RAMIRO CON EL SOMBRERO EN LA MANO Y CON EMOCION

RAM. Duquesa, os he pedido una breve audiencia porque... yo... yo queria... Siento la necesidad .. Vos Duquesa no sois una muger como las demás... vos sois un ángel, tengo hácia vos una profunda veneracion... una devocion ilimitada, un tierno...

CEL. (*Con altivez*). ¿Conde, qué deseais?

RAM. Que me devolvais vuestra estimacion, que no me juzgueis con demasiada severidad, que no me condeneis por las apariencias.

CEL. (*Mirándolo con desprecio*). Se diria que el uniforme que llevais es del ejército español.

RAM. Pero vos, Duquesa, no conoceis el corazon que late bajo este uniforme.

CEL. (*Irónica*). ¡Pobre víctima!

RAM. (*Apasionadamente*). ¡Oh! No, Duquesa, no me ultrajeis con vuestra befa... no no me vitupereis con vuestro desprecio... vos no sabeis, no podeis comprender el mal que me haceis. Vuestra alma generosa se conmoveria si pudiera adivinar cuán injusta sois.

CEL. ¡Injusta! (*Noblemente*). Yo soy española señor, y amo á mi pátria mas que á mi vida, mas que á mi honor... daria toda mi sangre por ella. ¿Y vos me llamais injusta si desprecio á un español que combate contra sus compatriotas entre las filas de los opresores de su país?

RAM. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Teneis razon, sí, todo esto es oprobioso, es infame...

CEL. Esa cruz que ostentais en vuestro pecho, ¿no es un contínuo remordimiento para vos? Me horrorizo al pensar que esa cinta está roja de sangre española.

RAM. (*Con altivez*). ¡Oh! No, por Dios. Está teñida con mi sangre derramada por cuatro heridas en los campos de Wagram...¡Ah! dejadme hablar, permitid que os cuente todos mis padecimientos; cuando lo sepais todo, os convencereis que soy mucho mas infeliz que perverso, y mas que de vuestro desprecio, seré digno de vuestra compasion. Vos

sois tan buena, tan generosa, tan piadosa... me escuchareis... ¿No és verdad que me escuchareis?

CEL. Os escucho.

RAM. Y me compadecereis... Permitidme que me acerque á vos y que me embriague con el sonido de vuestra voz, como en otro tiempo.

CEL. Entonces os creia francés... siempre os he tenido por Bearnés.

RAM. Pues bien, muchas veces estuve para desengañaros, pero veia que creyéndome francés érais conmigo cortés... ¡era tan felíz! y comprendia que al saber era yo español, me odiariais, y no he tenido valor para narraros la dolorosa historia que me ha conducido á esta vida de infierno... ¿Creeis tal vez que no siento el peso de mi ignominiosa situacion? ¿Creeis que no se me despedaza el alma y que no ame nuestra pobre pátria?

CEL. Mas entonces, ¿por qué?...

RAM. Yo soy de Galicia. Los condes Diaz y Vanega son de Medina de Rioseco. Hace seis años en 1808, que cuando Bonaparte, el tirano de Francia, el déspota de Europa, quiso darnos un rey en su hermano José, y mandó á nuestra pátria un ejército para imponérselo, yo me encontraba con mis padres y con mi hermana en una casa de campo que poseíamos cerca de Medina. El ejército de los sublevados españoles se habia puesto delante de Medina. El mariscal Bessier, vino á atacarlo. Una partida de voluntarios habia ocupado nuestra posesion: mi padre y yo nos unimos á ellos y combatimos todo el dia contra los invasores de nuestro país. Aquel dia, nos fué adversa la fortuna, ya lo sabeis. Los voluntarios, poco disciplinados, mal dirijidos, no pudieron resistir á la formidable artillería y al valor de los veteranos franceses. Nuestra casita de campo, tomada y vuelta á tomar dos veces á la bayoneta, habia llegado á ser al anochecer un parapeto, detrás del cual, el valor de los patriotas españoles, hácia sus últimas y desesperadas pruebas. Eramos unos ochocientos, todos resueltos á morir. Dos batallones franceses con dos piezas de artillería, tentaron un último asalto contra la posesion. Suspendido el fuego por poco tiempo, volvió á empezar mas vivo que antes. Una lluvia de balas enemigas, caía sobre nuestras filas: mi padre y yo estábamos heridos, casi todos de los nuestros lo estaban, pero continuaban defendiéndose con el valor que solo produce la desesperacion... Varias granadas que estalla-

ron en el interior de la casa, la incendiaron. Entonces los franceses se arrojan sobre nosotros á la bayoneta, nosotros nos arrojamos sobre ellos, ya no era una pelea, era una carnicería; el ruido de los tiros, los gritos y blasfemias de los combatientes caidos, no disminuye, aumenta la rabia, el furor y la ira de la pelea. Bien pronto vencidos los nuestros por ser menor en número, fueron derrotados, hollados, asesinados... y los franceses salen por todas partes victoriosos. Yo, que habia combatido siempre al lado de mi padre, lo llevo á una sala del cuarto bajo... estaba todo cubierto de heridas, todo ensangrentado, mientras lo socorria, él me grita de repente... ¿Y tu madre? ¿Y tu hermana? Ellas se habian refugiado en el piso de arriba, y ya las llamas cubrian toda la casa. En el momento que iba á buscarlas, los enemigos entran en la casa. Unos ocho soldados se arrojan sobre nosotros á bayoneta calada; cubrí con mi cuerpo á mi padre y me iban á despedazar, cuando un capitan entró con sable en mano y se puso entre nosotros y sus soldados. Les intimó que cesasen el esterminio y se respetase á los heridos. En aquel momento sentí gritos desesperados desde lo alto de la casa; era mi madre y mi hermana que invocaban socorro. El fuego habia entrado en la sala y no podian huir. Fuera de mí, como un loco, eché la escalera arriba... El humo me cegaba, me ahogaba... Socorro. Ramiro ¡Sálvanos!... exclamaban mi madre y mi hermana... Yo continuaba subiendo y gritando... Voy, voy madre, madre mia... me faltaba la respiracion... los oidos me zumbaban... vacilé, balancée, no ví mas, no oí mas.

CEL. (*Conmovida.*) ¿Y aquellas infelices?

RAM. Cuando volví en mí, me encontré en una cama de una casa vecina á la posesion nuestra. Un médico francés, un criado antiguo nuestro y mi hermano, estaban curando mis heridas y mis quemaduras.

CEL. ¿Conque se salvó vuestra hermana? ¿Y vuestra madre?

RAM. Habia muerto.

CEL. ¿Y vuestro padre?

RAM. Murió veinte dias despues, á consecuencia de sus heridas. El capitan francés me habia sacado de la sala que estaba ardiendo, habia salvado á mi hermana, sin haber conseguido salvar á mi madre. Las quemaduras que él tuvo le hicieron estar mas de dos meses en peligro de muerte, y por fin se curó. Mi padre me hizo jurar mu-

chas veces antes de morir, lo que yo habia jurado ya en mi interior; que consagrase mi vida á aquel hombre generoso. ¿Y sabeis quién era aquel hombre? Jorge Laulanes, mi coronel actual. Cuatro meses despues fuí nombrado Mayor y destinado al ejército del Rhin. Cedí á mi hermana en dote la mayor parte de mis rentas, que se casó con el marqués de Albaflores. Seguí á mi libertador hasta el Rhin, me alisté voluntario en su regimiento. Me hicieron sargento en Abenyberg; gané las charreteras de subteniente en Ehmiel: tuve dos heridas y fuí promovido á teniente en Essling; fuí nuevamente herido y me dieron la cruz de la Legion de Honor en Wagram. Cuando mi salvador y amigo fué promovido á coronel y destinado á uno de los regimientos de España .. yo le seguí, porque... aquí es donde corre peligro, y es mi deber dividirlo con él... Y ahora que conoceis la historia de mi vida, decidme, Celina; perdonadme; dejad que yo os llame por vuestro nombre, y decidme ahora. ¿Me despreciais todavía?

CEL. (*Va á responder, mas se detiene en acto de reflexionar.*)

RAM. (*Pausa, se le acerca diciéndole conmovido.*) Considerad ahora mi situacion. Ya lo veis, mi destino es, que por do quier yo vaya tengo un deber que cumplir, y que estos deberes se escluyen unos á otros; yo lucho con multitud de afectos, con opuestas opiniones. En vano me agito en este estado tremendo, en el que la mano férrea del destino ha encerrado mi existencia. Ya no me considero un hombre, porque no soy dueño de mis acciones. Sigo los impulsos de mi amor de patria y debo ponerme entre los enemigos, al lado del mas honrado y leal de los hombres, que me ha colmado de beneficios, que hace por mí de padre, de hermano, de amigo, y me vuelvo un mónstruo de ingratitud, me causo horror á mi mismo. Sigo los impulsos de mi conciencia y permanezco al lado de este hombre, cuya vida está hoy mas en peligro que nunca, y que tengo el sagrado deber de protegerlo á costa de mi vida, y entonces combatiré contra mis hermanos que pelean por la mas santa de las causas, la libertad y la independencia de la patria, y ¡soy un traidor!

CEL. (¡Pobre jóven!)

RAM. ¡Ah! Ya os lo habia dicho que os compadeceríais de mí. Conque ¿no me despreciais? ¿No me odiais? ¿No me detestais?

CEL ¿Y quién pudiera? ¡No sois culpable... Sois un jóven honrado, leal, generoso... Sois... muy infeliz!

RAM. (*Con efusion.*) ¡Oh! Gracias, gracias, Celina; bendita seais por haber pronunciado estas palabras... Ellas me causan un bien, del cual no podeis conocer su valor. Vuestra estima, vuestra compasion, son un bálsamo consolador para esta tortura contínua de mi vida. ¿Pero sabeis que es una vida terrible, angustiosa, la mía? ¡Para mí no hay alegria, no hay ilusion... no hay esperanza! Sin esta fatalidad que pesa sobre mi existencia, no podré ni aun acariciar mis sueños dorados, ni aun puedo imaginar un porvenir lisongero! A mí no... hasta la esperanza no me es concedida; el amor es una contienda, y habeis de saber, Celina, que yo amo...

CEL. (*Con ánsia.*) ¿Sí?

RAM. (*Apasionadamente.*) Sí, amo con toda la efusion, con todo el ardor de mi alma, y amo á la más bella, á la más noble, á la más divina de las mujeres... y no puedo decírselo... y no puedo hacérselo comprender, porque ella despreciaria á este cobarde español que viste el uniforme de los enemigos de su país.

CEL. (*Con creciente afecto.*) ¡Oh! no!

RAM. ¿No, verdaderamente?

CEL. (*Embarazada.*) Conociendo la historia de vuestra vida, no pudiera despreciaros, no os despreciaria.

RAM. ¡Oh! ¡Si fuese verdad! Porque, veis, solo su amor me pudiera dar valor y fuerza en esta lucha contínua con mi mismo... Al fin, soy un hombre, y aun la fibra mas vigorosa concluye por ceder bajo el peso de ciertas angustias y entonces viene la desesperacion. El futuro se presenta circundado de tinieblas y sin un rayo de esperanza... No hay mas resultado que la vergüenza, por que de todos modos yo no puedo aparecer mas que un infame... y entonces se apodera de mí un pensamiento... y me presenta la única solucion posible .. levantarme la tapa de los sesos ..

CEL. (*Con espanto.*) ¡Oh no!

RAM. (*Con ánsia.*) ¿Oh Celina, seria posible; habeis adivinado? (*Le toma las manos.*) ¡Ah! Habeis comprendido que sois vos la que amo, vos la que adoro hace tres meses con todo el poder de mi alma... Es inútil que lo oculte por mas tiempo... Es una pasion que á mi pesar confieso... Despedidme, despreciadme, odiadme... Pero es preciso ya que el labio os diga lo que todos los dias, mis miradas, mis

suspiros, mis angustias ... ¡Oh! sí, os amo, os amo tanto... que no sé.., no puedo deciros.,. ¡Oh! perdonadme Celina, perdonadme... soy un insensato... soy un loco... tened compasion... tened piedad de mi!

CEL. Sí, Ramiro, no os ódio, no os he odiado nunca, siento que no puedo.

RAM. ¡Ah! no hay un desventurado que no tenga un momento de felicidad! y yo lo tengo ahora... y este instante de felicidad me embriaga, me hace olvidar mis desgracias (*le besa las manos.*) ¡Oh! Celina... Celina... cuanto os amo!..

CEL. (*Mirándolo con pasion, dice con lentitud.*) Y yo tambien.

RAM. (*Casi fuera de sí como quien cree soñar.*) ¡Oh! No es un sueño? Es verdad!.. Dios mio! Dios mio!.. Temo volverme loco!

ESCENA V.

BENITO Y DICHOS.

BEN. (*Agitado.*) ¡Oh! ¡Señora Duquesa! Señora Duquesa, qué desgracia!

CEL. ¿Qué ha sucedido?

BEN. (*Ve á Ramiro y se detiene.*) Ha sucedido que...

CEL. ¿Y bien?

RAM. (*Acercándosele y en voz baja.*) (Una compañía de franceses circunda en este momento el palacio.)

CEL. (¡Dios mio! ¿y por dónde le haré salir?)

BEN. (No se comprometa en presencia de este.)

CEL. (¿Pero cómo, cómo hare?) ¡Oh! Ramiro.

RAM. ¿Qué ha sucedido, qué quereis, de mi?

BEN. (Sí, justamente, de él.)

CEL. Circundan mi palacio, buscan aquí al Exterminador.

RAM. ¡Al Exterminador aquí! ¡Está efectivamente!

CEL. Es un patriota, es menester salvarlo á toda costa. Recordaos en este momento que sois español.

RAM. Sí, haré todo. (*Partiendo.*)

CEL. Procurad que no esté custodiada la puertecilla del jardin, de otro modo no puede escapar de las pesquisas.

RAM. Cumpliendo con mis tristes deberes de oficial extranjero, he procurado siempre salvar á cuantos compatriotas he podido... y ahora haré todo cuanto pueda para salvar al Exterminador, porque seriais vos formalmente comprometida si fuese descubierto. (*Vase de prisa.*)

BEN. (*Se habrá quedado estupefacto.*) Pero cómo! ¡Señora Duque-

sa? ¿Os fiáis de ese hombre?.. ¡Pero qué enredo de francés y español!

CEL. Corre á donde está Manuel, y hazlo bajar al subterráneo... Procura que esté lo mas cerca que sea posible á la puerta que dá al jardin... Apenas esté libre dicha puerta, que salga él inmediatamente por ella. (*Benito se vá de prisa por la derecha y por la segunda puerta sale Melchor agitado.*)

ESCENA VI.

DICHA Y MELCHOR.

MEL. ¡Tia mia! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está el jardin lleno de franceses?

CEL. ¡Ah! ¡Ya no hay esperanza!

MEL. ¿Pero qué sucede?

CEL. En este Palacio se esconde un gran patriota. Los extranjeros han venido... y ahora vienen à arrastrarlo... ¡Y si el jardin está ocupado por ellos, él es perdido!

MEL. (*Agitado*). ¿Y vos con él?

ESCENA VII.

BENITO PÁLIDO, AGITADO Y DICHOS.

BEN. ¡Ah! ¡Señora Duquesa! No hay modo de salvarlo... Sobre la puerta del jardin, en la que dá al Parque, por todos lados hay franceses apostados, que buscan al peregrino.

MEL. ¡Ah! ¿Cómo? ¿Aquél peregrino?

CEL. ¡Es el *Exterminador*!

MEL. ¿Aquél célebre guerrillero?

CEL. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué hacer para salvarlo?

MEL. (*Asaltado por una idea*). ¡Ah! Ya lo sé (*Vàse corriendo*).

CEL. ¡Cómo! ¿Qué dice?

BEN. Serénese por Dios, señora Duquesa. Hé aquí el Coronel.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL CORONEL. RAMIRO. LEON. (*Por la izquierda*).

COR. Perdonad, Duquesa, si me veo obligado á incomodarla. Hace pocas horas que ha venido un peregrino á este Palacio.

CEL. (*Disimulando y volviéndose á Benito como interrogándolo*). ¡Un peregrino!

BEN. (*Embarazoso*). ¿Un peregrino?

COR. No es porque yo dude de vos, Duquesa. Siento en el alma tener que incomodaros... Pero en estos momentos en que tantos insensatos ponen el país á sangre y fuego, sublevándolo contra su legítimo soberano, mi deber es prevenir y reprimir toda tentativa contra el órden esta· tablecido... Soy soldado... Soy hombre de honor y haré, como siempre he hecho, mi deber. (*Con fuerza*). Lo haré á toda costa. Conque os suplico tengais la bondad de entregarme este peregrino, que tengo motivos para sospechar es un mensajero de la partida del *Exterminador*... A no ser que él mismo se haya introducido aquí sin saberlo vos, para ponerse de acuerdo con algun enemigo del Gobierno.

CEL. Ignoro que haya venido aquí tal peregrino... y solo comprendo, por lo que me habeis dicho, que vosotros los franceses teneis mucho miedo...

COR. (*Con ímpetu*). ¿Miedo?

LEON. Es una sensacion desconocida á los franceses.

CEL. !Oh! Es preciso tengais mucho miedo á este puñado de bandidos, como vos os dignais llamar á los patriotas españoles que luchan por la libertad de su pátria, cuando os agitais tanto por un peregrino de mas ó de menos que vá á Compostela. (*El Coronel quiere hablar.*) Mis opiniones, Coronel, ya las conoceis, nunca os las he disimulado. Soy española, amo mi pátria, y ódio á sus opresores. Vos sois francés, soldado, y cumplís vuestro deber. Solamente me parece que estas calificaciones no debieran impedir respetar algo mas la tranquilidad de la casa en que os habeis instalado á la fuerza.

COR. Perdonad, Duquesa, no me pongais en la dura necesidad de registrar vuestro palacio... entregadnos este peregrino; si realmente es tal, lo dejaremos continuar su viaje.

CEL. O lo fusilareis, segun el capricho... ¡Oh! lo sé!

ESCENA IX.

MELCHOR VESTIDO DE PEREGRINO Y DICHOS

MEL. ¿Qué hay? ¿Por qué incomodais á esta señora?

CEL. (*Reconociendo á Melchor no puede impedir un grito.*) ¡Ah! (Melchor!)

MEL. Me buscan, aquí estoy.

COR. (*Mirando á la Duquesa.*) ¿Se turba? ¿Será tal vez un conspirador? ¿Quién sois?

MEL. José Buenoferas de Búrgos, que vá en peregrinacion á Compostela.

RAM. (El Exterminador tan jóven.)

LEON. (Este no es el Exterminador.)

MEL (*Que se ha acercado à Celina.*) Hermosa dama, os doy gracias por la hospitalidad que vuestros criados me habian concedido, y os suplico me perdoneis la incomodidad que os hé causado. (*Muy de prisa y bajito*) ¡Estos no me conocen, no os vendais.! Seguramente no hubiera supuesto que estos señores me darian tanta importancia. (*Al Coronel.*) Estoy á vuestras órdenes.

COR. (*A Leon.*) Conducidlo al cuartel... Dejando, sin embargo, guardias en el Parque y en el jardin de la Duquesa, á quien suplico de nuevo me perdone la incomodidad (*Hace una cortesia y Leon se marcha con Melchor.*) Ven Ramiro. (*Vdse.*)

MEL. (*Acercándose*) No temed, Celina... Volveré dentro de poco... disponed de mi vida. (*Vdse por la derecha.*)

CEL. ¡Dios mio, Dios! mio Uno está aun en peligro... el otro está perdido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

En las cercanías de Pancorbo. En el fondo rocas escarpadas; delante muchos árboles, algunos arrancados en medio de la escena. A izquierda del actor, y en la tercera quinta, sendero intrincado rodeado de troncos de árboles y de céspedes, por el cual se baja á la escena. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Un momento despues de levantado el telon, bajan por las montañas Ramiro y Manuel vestido de soldddo francés.

MAN. (*Mirando alrededor.*) Este es el pico de la Cerviz; he lle-

gado y es necesario que os dé las gracias por haberme salvado.

RAM. Dad las gracias á la Duquesa de Albear; por ella sola he faltado á mis deberes, he hecho traicion á la fé de mi coronel y amigo, y os he sacado del palacio de la Duquesa disfrazado de soldado francés.

MAN. Tengo veinte y cuatro años, Capitan, hace seis que recorro las montañas de Vizcaya, y os advierto que ésta es la primera bajeza que tengo que echarme en cara. ¡Os juro que el *Exterminador*, este bandolero, este bandido, como vosotros llamais, jamás ha temblado... comprendeis... jamás Hace seis años que pongo mi vida en peligro todos los dias; he sido siete veces herido, y siempre he mirado la muerte de frente sin palidecer.

RAM. Conozco vuestro valor y lo aprecio altamente...

MAN. Gracias, Capitan; os he dicho esto para que os quedeis persuadido que debe ser muy suprema la causa que pueda haberme inducido á huir del palacio de los Albear disfrazado así, dejando en peligro en mi lugar á un generoso jovencito. Sin estos motivos me hubiera arrojado en medio de vuestros soldados con mi puñal y me hubiera dejado asesinar, os lo juro, por la libertad de mi pobre pátria, antes que deber la vida á vos y á esta odiada divisa (*Se quita el uniforme y el sombrero tirándolo y quedándose en mangas de camisa*) ¡Ah! ¡Por Dios! es amargo... ¡Pero todo lo he sacrificado por los intereses de la pátria! .. ¡todo!... ¿Entendeis?

Me han mandado hoy el sacrificio de una vileza, y sufro el inmerecido oprobio.

RAM. Teneis un noble corazon.

MAN. ¡Ah, sí! Y ni un solo acto de mi vida puede causarme un solo remordimiento, y puedo alzar la frente y deciros: capitan Diaz, mirádme frente á frente.

RAM. (*Bajando la cabeza.*) (Y yo debo bajar la vista)... !Oh! por Dios, esto es un martirio inaudito. (*Con dulzura.*) Y sin embargo, ya veis, hay en la vida fatalidades que condenan á un hombre, á...

MAN. A todo lo pueden condenar menos á renegar del suelo donde ha nacido... Ni á combatir contra sus mismos hermanos .. La Condesa me dijo sucintamente quién sois y porqué os encontrais entre las filas francesas... Os compadezco... pero no os comprendo... Yo tenia veintitres años; estaba estudiando en Salamanca... Rico, amado de mis padres... Cuando los franceses, eternos invasores de

todos los países, vinieron á España. Tomé una carabina, seguí al Empecinado; despues fuí elegido comandante de una guerrilla; despues llegué á ser jefe de los insurrectos de toda Vizcaya, y dia por dia he combatido seis años al enemigo: pues bien, yo he visto confiscar todos mis bienes, quemadas mis casas, á mi madre muerta de pena, á mi padre preso en rehenes. Un dia vinieron á decirme: Manuel, depon las armas ó fusilamos á tu padre... A mi padre, ¿comprendeis? un anciano venerable á quien yo adoraba; pensad si he temblado, si he suspirado... Pero pensé en la pátria, ¿y sabeis lo que respondí? (*Conmovido*). Pues bien, si tenis valor para ello fusilad á aquel pobre anciano! .. Y un dia que yo asalté y destruí á un destacamento francés, con el pretesto de que mi padre era ¡mi cómplice, el que era su prisionero hacia mas de un año, estos infames fusilaron al pobre anciano... Me mordí las manos, me retorcí los brazos... Crei volverme loco, y desde aquel dia abrigo en mi pecho un dolor profundo y desesperado consagrado á la santa memoria de aquel pobre mártir. (*Procura ocultar el llanto.*)

RAM. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué horrores se cometen en esta malvada guerra!

MAN. ¡Y desde aquel dia que llegué á ser el *Exterminador*... no doy trégua .. no doy cuartel... no hago un prisionero, guerra á muerte! Os he narrado este doloroso episodio de mi vida para daros á entender que para mí no hay razones, no hay deberes no hay afectos que se puedan ante poner á los de ciudadano... Hé aquí por qué no comprendo vuestra conducta.

RAM. (*Con dolor*). ¡Ah! ¡Se trata de un hombre que salvó á mi padre, á mi hermana y á mí mismo arriesgando su vida! Yo no puedo, no tengo valor para abandonarlo en medio de los peligros que lo rodean. Debo ser su escudo en esta guerra de esterminio: lo debo ser ¡Ah! No sabeis cuánto sufro... hace mas de un año, en fin, desde que estoy en España con esta divisa me veo reducido á envidiar la suerte del mas infeliz de nuestras montañas, correr de un lugar á otro con la carabina al hombro, con la conciencia tranquila, lleno el ánimo del santo amor de la pátria, poner el oido en la tierra, oir al enemigo que se acerca, prevenir la marcha por ásperos senderos, ponerse en emboscada... asaltarlo... hacer correr... ¡Ah! Por Dios Santo á vos está reservada la gloria de combatir por nuestro país... yo no puedo, me veo precisado á ser vil... vil ante

los demás... vil ante mí mismo... ¡Oh!... Decidme ¿qué debo hacer? ¿Cómo tengo que hacer para salir del terrible dilema en que me ha puesto el destino?

MAN. Muriendo.

RAM. ¡Ah! (*Pausa*). Es verdad.

MAN. (*Hace una señal á Ramiro que está sumergido en profundos pensamientos y vá al fondo, pone el oido en tierra y se levanta*). Alguno baja la montaña. (*Arma la carabina*).

RAM. Y he de morir, cuando despues de tantos sufrimientos me sonrie al fin el amor. Cuando la mujer adorada me dice ¡te amo! ¡y he de morir!

MAN. ¿Quién va?

RAM. (*Sale de sus reflexiones y vá al fondo*).

ESCENA II.

DICHOS Y D. ALVARO DE MELUNA.

ALV. (*Cubierto con una gran capa*). La cruz de Calatrava. (*Desde dentro*).

MAN. (*Bajando el fusil*). Adelante.

RAM. Sin duda son los vuestros. Yo me vuelvo á Pancorbo... y os aconsejo que no os detengais en estas cercanías... Vuestra vida es preciosa para la pátria... Dichoso vos que se la podeis consagrar.

MAN. Adios jóven infortunado, dejad que os estreche la mano.

RAM. (*Le aprieta la mano*). Sabré morir... Adios. (*Váse*).

ALV. (*Que habrá visto darle la mano*). (¡A un francés!)

MAN. (*Saliéndole al encuentro.*) ¿Y el Conde Manriquez?

ALV. (*Descubriéndose.*) El Marqués de Meluna precede al Conde y á la Duquesa. (*Se dan la mano*).

MAN. ¡Cómo! ¿Ella tambien?

ALV. Ha querido absolutamente arriesgarse á esta junta.

MAN. ¡Mujer heróica!

ALV. Por otra parte, el resultado de nuestra empresa depende en gran parte de su concurrencia.

MAN. Es preciso salir bien á toda costa... De esta empresa depende hoy el destino de la España.

ALV. Silencio... Oigo pisadas (*Van al fondo... Alvarez empuña una pistola y Manuel la carabina.*)

ESCENA III.

DICHOS D. RODRIGO MANRIQUE, CELINA

(*Ambos cubiertos con capas.*)

ALV. ¿Quién vive?
ROD. La cruz de Calatrava.
ALV. ¿Sois vos, D. Rodrigo?
ROD. Sí D. Alvaro.
MAN (*A Celina.*) La patria os será reconocida Sra. Duquesa por los sacrificios que haceis por ella.
CEL. No merece reconocimiento quien cumple con un deber.
MAN. ¡Si todas las mujeres se os pareciesen!
CEL. Os suplico, D. Manuel... Ahora participadnos los proyectos que habeis concertado con la junta insurrecta de Búrgos.
ROD. Sí, apresurémonos. Estamos rodeados de peligros que se aumentan de un momento á otro... Los momentos son preciosos.
MAN. Escuchad pues: El usurpador, como sabeis, puesto á la cabeza de su ejército, á las órdenes del mariscal Jourdan, ha abandonado á Madrid desde el 26 del pasado Mayo, y se dirije á ganar la orilla izquierda del Ebro que quisiera ponerlo entre él, y el ejército anglo-hispano que lo sigue de cerca; sea que el enemigo trate de reunirse con los dos ejércitos de los generales Clausel y Toy, y tener la línea de Pamplona á San Sebastian, sea que los dos movimientos tiendan á atrincherarse en la alta Vizcaya, es para él de gran utilidad tener el poder del gran camino que desde Búrgos por Vitoria á Tolosa conduce á los Pirineos... La llave de esta ruta es Pancorbo, donde corre entre dos montañas inaccesibles y sus profundos caos... Si le es útil al enemigo poseer á Pancorbo, es un gran daño para nosotros. Es indispensable quitar Pancorbo á los franceses.
ALV. Pronto está dicho eso...
ROD. La empresa no es solamente peligrosa, sino difícil aun.
MAN. Por eso es preciso una audacia estrema. Hay necesidad de un golpe de mano arriesgado. Hé aquí lo que hay concertado con la junta revolucionaria. El presidio francés en Pancorbo no llega á mil hombres ..
ROD. Que sin embargo dispone de 4 piezas de artillería...
ALV. Que hacen mas terrible la formidable posicion.
MAN. Un momento. El dia 10 ó 12 de este mes...

CEL. Conque dentro de tres dias...

MAN. Dentro de tres ó cuatro dias, del dia fijo se dará ulterior aviso, yo habré reunido todas mis guerrillas que ascienden á 2.500 hombres valientes y resueltos... A las dos de la noche atacaremos vigorosamente á los cuarteles franceses .. Para que sea seguro el buen resultado de mi ataque, es menester que á aquella misma hora con toda la gente que os sea posible, mateis á cuantos franceses caigan en vuestras manos, parapetaos en las calles y en las esquinas, bocas calles y todos los sitios, haced fuego, dentro de los cuarteles... Y mientras, yo, protegido por este fuego, puesto á la cabeza de un puñado de los mas valientes, echaré abajo é incendiaré una puerta. Si vos me dais 300 hombres armados por dos horas, os garantizo que en dos horas nos apoderamos de la oposicion y no queda ni un francés vivo.

CEL. El proyecto es audaz y peligroso, pero el resultado no es posible. Nos ayudaremos con todo nuestro poder para el triunfo de nuestra santa causa. ¿No es verdad señor?

ALV. ¿Y pudiérais dudarlo?

ROD. Pero es necesario de gran cautela en los preparativos.

ALV. Ciertamente, porque si el Coronel que está al frente del presidio penetrase la mas mínima cosa, nuestra empresa se frustraría.

MAN. Por lo mismo no debeis comunicar el secreto mas que á los patriotas mas fieles y que sean absolutamente indispensables... A vos, Duquesa, está reservada una parte muy árdua de la obra... Vuestra energía y vuestro patriotismo guiarán vuestra mano á la hora convenida, al primer toque de campana á rebato, vos matareis al coronel Lauranes que se aloja en vuestro palacio.

CEL ¡Oh, no... jamás!

MAN. ¿Si supiérais cuánto importa la muerte del jefe en una empresa?

CEL. Matadlo vos, hacedlo matar... yo empuñaré la carabina si es menester, combatiré en medio de las calles, pero no asesinaré á un hombre sumergido en el sueño y alojado, aunque á mi pesar, bajo mi techo.

MAN. Sin embargo, debeis comprender la dificultad que hay para introducir en vuestro palacio, el dia antes ó la misma noche del ataque, á un hombre para que mate al coronel; la mas mínima sospecha le haría alarmarse y nuestra empresa sería frustrada. Tambien es peligroso con-

fiarlo á vuestros criados, pues ademas son viejos y les falta la energía y resolucion necesarias.

CEL. Y sin embargo, la idea de asesinar me horroriza.

MAN. ¿Y no os horroriza, y no os encendeis de ira y ódio implacable á la idea de tantos ancianos fusilados, de los niños y de las mujeres degollados por estos? Pensad en los horrendos asesinatos, en las bárbaras carnicerías de Zaragoza, de Granada, de San Lúcar, de Badajoz, de Torquemada, Salinas y de otras mil ciudades. Hace siete años que estos infames tienen toda la península á sangre y fuego, trescientas ciudades y villas saqueadas, incendiadas, y demolidas: doscientos mil españoles de toda edad, de ambos sexos de todas las condiciones, muertos, no combatiendo, sino fusilados, ahorcados, degollados, quemados vivos por la sola causa de ser españoles, no franceses; por querer ser libres, no esclavos. Pensad en todos estos horrores que la posteridad no creerá y que nosotros los hemos visto, pensad en ellos si podeis, sin estremeceros, sin horrorizaros, y vereis que vuestra compasion desaparecerá al contemplar tan terrible cuadro, y vereis tambien que no debe causar horror el asesinato. Todas las armas son justas para una guerra como esta, desde el hacha hasta el puñal, desde el veneno hasta la carabina, lágrima por lágrima, sangre por sangre, mortandad por mortandad.

CEL. Es verdad, teneis razon, lo mataré. El puñal es santificado cuando hiere por la redencion de la patria.

MAN. Recordaos de Judit, y ¡vuestro nombre será citado por las madres españolas á sus hijas, como ejemplo de pátrio heroismo.

ALV. Conque queda todo pactado.

ROD. Prepararemos los mas valientes de los nuestros para la empresa.

MAN. Yo daré aviso á la junta revolucionaria... Os daré el pliego de sus instrucciones. (*Busca por los bolsillos.*) ¡Ah! ¡Vive Dios!

TODOS. ¿Qué sucede?

CEL. ¿Pero qué hay?

MAN. El pliego de las instrucciones de la junta revolucionaria de Búrgos...

CEL. ¿Lo habeis perdido?

MAN. Lo tenia cosido en mi trage de peregrino...

CEL. Que se lo puso Melchor...

ALV. ¡Ah! Estamos perdidos...

MAN. No, la trama no será descubierta porque las instrucciones están en cifras, pero si descubren aquel pliego en el trage que se ha puesto aquel jóven, él es perdido irremisiblemente.

CEL. ¡Ah! ¡Me lo van á fusilar!

ROD. No desesperemos aun.

ALV. Tal vez no lo habrán descubierto.

CEL. ¡Oh! ¡Es preciso correr! ¡Volar!..... ¡Ah! ¡Dios mio!..... Conviene que yo hable inmediatamente á Ramiro... ¡Ah! ¡Partamos! ¡Partamos! (*Yéndose.*)

ESCENA VI.

BENITO CORRIENDO, Y DICHOS.

BEN. ¡Ah! ¡Señora Duquesa! ¡Señora Duquesa!

CEL. ¡Ah! ¿Lo han descubierto?

ROD. ¿Qué hay?

MAN. ¡Habla!

BEN. En el vestido de peregrino que D. Melchor se habia puesto, han encontrado unos papeles... El capitan Diaz, fuera de sí me ha encargado de que corra á avisároslo.

CEL. ¡Ah! ¡Es perdido! ¿Cómo salvarlo? ¿Quién lo salva?

MAN. Yo que voy á entregarme prisionero.

ROD. (*Deteniéndolo*) No. ¿Dónde vais? ¡Os perdereis sin salvarlo!

MAN. ¿Pues qué, consentiré que un noble y generoso jóven, sea fusilado en mi lugar y por mi culpa?... No... No... Dejadme.

ALV. Deteneos... Reflexionemos.

ROD. No son las aspiraciones ni los sentimientos individuales lo que debe aquí prevalecer... Ante todo, lo que se ha de mirar, es los intereses de la pátria.

ALV. ¿Si os matan, á qué voz responderán vuestras guerrillas un dia? ¿Quién las guiará y las animará? ¿Quién podrá ejecutar el audáz proyecto, del cuál depende, tal vez, la salvacion de la pátria?

CEL. (*Angustiada.*) ¡Es verdad! Vos D. Manuel debeis huir; debeis poneros en salvo á toda costa.

MAN. ¿Y dejaré matar á vuestro pobre sobrino? ¡Oh! No. ¡Jamás!

CEL. Y sin embargo, la pátria exige que vos vivais... Un dia los franceses amenazaron dar la muerte á vuestro padre, si no os rendíais, y vos, alma grande, dejásteis fusilar al

pobre viejo, antes que deponer las armas contra el extranjero.

MAN. Es verdad...

CEL. Ahora pone Dios mi virtud á prueba... Mi afecto por la patria... y yo procuraré tener fuerza, comprimir la angustia... y sufrir con valor esta terrible prueba... ¡Oh! ¡Pobre Melchor mio!

ALV. Y cuando le descubramos al Coronel que es el conde de Lermas vuestro sobrino...

ROD. ¿Dejará por esto de ser á sus ojos un conspirador?

MAN. Antes es preciso, sí, es absolutamente posible que el noble jóven persista en su primera declaracion. Debe continuar siendo lo que se ha fingido. Si el Comandante de los franceses concibiese sospechas de que la Duquesa tiene parte en esta trama, solo conque la hiciese arrestar, nuestro proyecto se iria à paseo.

CEL. Y bien, si no lo puedo salvar, moriré con él.

MAN. Si en este momento vuestra vida no os pertenece... pertenece á la pátria, que cuenta con vos.

CEL. ¡Ah! Esta situacion es tremenda... Mas qué... ¿Qué he de hacer? ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Yo perderé la razon!

ROD. Vos, Manuel, entre tanto, poneos en salvo, iros al cuartel general de vuestras guerrillas.

BEN. ¡Eh! Perdonad si me entrometo. Despachaos pronto, porque así que fueron descubiertos los papeles que llevaba el señor Conde en su traje, mandó el Coronel Laulanes que fuesen varios destacamentos á registrar los alrededores.

ROD. ¡Pues presto!

MAN. (*Besando la mano á Celina.*) ¡Valor, mujer generosa, valor! Y sobre todo procurad, por amor á vuestra pátria, que no se descubra que D. Melchor es vuestro sobrino. (*A todos.*) Mañana os mandaré un mensajero.. y otra copia de las instrucciones... Recibireis ulterior aviso sobre el dia fijo del ataque... ¡Dios nos ayude! A Dios. (*Coje la carabina, y vàse.*)

CEL. ¡Oh! ¡Dios mio! Esto es demasiado... ¡Es demasiado sufrir! ¡Pero estas terribles pruebas, son superiores á humanas fuerzas!

ALV. ¡Valor doña Celina!

CEL. ¿Quién me habla de valor, cuando yo veo asesinar al hijo de mi hermana? ¿Un jóven adorable, confiado á mis cuidados, objeto de mi ternura? ¿La pátria? ¿Qué quiere la pátria de mí? ¿Pero no tengo yo valor para ello? No, no

es verdad que yo sea fuerte... Soy débil... Soy infeliz... Soy una pobre mujer, y no tengo fibra bastante para resistir el peso de tantas desgracias. (*Llora.*)

ALV. Vamos, doña Celina, no os aflijais así... Tal vez no se ha perdido toda esperanza... Pensad en la pátria, Duquesa... Pensad en la pátria.

CEL. (*Mirándose las manos.*) ¡Ah! ¡Hé podido llorar! Perdonadme, señores, estas lágrimas son un acto de debilidad de la humana naturaleza.. Valor... Aquí es necesario... Y bien, seré fuerte. Destrócese mi corazon, pero mi rostro no hará traicion á las angustias de mi alma... Miraré de frente la desventura sin temblar... Toda voz debe callar cuando la pátria hable. (*Vánse todos por el fondo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La escena como en el primer acto.—Un soldado francés, de centinela en el balcon, otro en la puerta principal.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTTIER AL LADO DE LA PUERTA DE LA HABITACION DEL CORONEL. BENITO Á LA DERECHA LO OBSERVA CON ATENCION.

CAR. (*Viniendo adelante.*) ¡Ah! ¡Esto es hecho!

BEN. Conque el consejo de guerra ha confirmado la sentencia pronunciada ayer!

CARL. Yo... Se comprende... El Coronel, que es demasiado bueno, ha rogado al consejo que suspenda, y han vuelto á llamar al reo para ver si quiere confesar alguna cosa.

LEN. Un niño de diez y siete años....

CARL. De diez y siete ó diez y ocho años le han encontrado portador de un pliego escrito todo en una gerigonza que no se ha podido sacar nada en claro mas que es un despacho de la junta revolucionaria de Búrgos, dirigido al bandido *Exterminador*... Conque es muy claro, que es un enemigo del gobierno... Sus diez y seis años no le han impedido encargarse de aquel pliego, y si dicho pliego hubiera llegado á su destino, el *Exterminador* nos hubiera jugado una mala partida, y los diez y seis años no hubieran impedido que fuésemos descuartizados... Con-

que... Las leyes militares hablan claro, quien rompe paga.

BEN. Que interceda nuestra señora de Sevilla por el perdon de vuestros pecados, vos hablais como un hombre sin corazon.

CARL. ¿Lo tienen vuestros guerrilleros para nosotros? Vamos... hacedme el favor...

ESCENA II.

D. RAMIRO, MUY PÁLIDO. EL CENTINELA SALUDA, Y DICHOS. CARLOTTIER AL VERLO, HACE TAMBIEN EL SALUDO.

RAM. (*A Carlottier*). ¿Ha concluido el consejo de guerra?

CARL. Creo que sí, capitan.

RAM. Pues vé á llamar al teniente Soligny.

CARL. Al momento, capitan. (*Vase por la izquierda*).

RAM. ¡Dios mio, en vano procuro alucinarme! Sin duda habrán confirmado la sentencia que lo condena ¿y entonces?... Ha desaparecido toda esperanza de salvarlo, porque el infeliz ha sido confiado á la custodia de Soligny... ¡Oh! No puedo pensar en el dolor de la pobre Celina... ¿Y no poder hacer nada?... ¡nada!... ¡Benito!

BEN. Señor capitan ..

RAM. ¿Está la Duquesa en su habitacion?

BEN. Sí señor: ¡Oh, si viérais en qué estado! Me dijo se recomendaba á vos sobre todo, pues quiere volver á ver y á abrazar al niño.

RAM. Bah, Benito, no la alimentes con demasiada esperanza.. Pero procura consolarla y dila que suceda lo que suceda volverá á ver á su sobrino.

BEN. ¡Oh! pobre D. Melchor! (*Vdse por la derecha*).

ESCENA III.

DICHOS Y LEON POR LA IZQUIERDA.

RAM. Mientras mas pienso no encuentro el modo de salvarlo. ¿Y bien amigo mio?

LEON. La sentencia de ayer ha sido confirmada por unanimidad.

RAM. ¡Oh Dios! ¡Es una crueldad inaudita que deshonra la divisa del soldado francés!

LEON. (*Con espansion*). ¡Capitan! (*Reponiéndose*) Comprendo la dolorosa situacion de vuestro corazon en este momento.

RAM. Pero condenar á un niño de diez y siete años á ser fusilado...

LEON. De diez y siete años decís.., Pero si hubiérais visto su audacia delante del consejo... ¡Si á los diez y siete está animado de tales sentimientos, Dios nos libre de lo que seria á los treinta! El Empecinado... Mina el pastor... El Abuelo .. El *Exterminador*, comparados con él serian unos corderitos... Figuraos que el consejo dió á entender á ese jóven, que si decia de quién habia tenido aquel pliego y á quién lo dirigia, se le disminuiria la pena un grado. Sabeis lo que respondió alquel ratero. Si os fuese posible redoblar la pena no me sacarias una palabra... Por lo demás, persiste en decir que nada sabe, que él es un pobre peregrino, que ignora la existencia de aquel plie- en su vestido, y ha continuado vomitando insultos contra el Emperador, el rey José, la Francia, los franceses... ¿habeis oido?

RAM. (En una lucha nacional, aún los niños se vuelven héroes).

LEON. Ahora comprendereis, que por la audacia de este jóven el consejo de guerra ha visto la mano del *Exterminador*: luego dentro de los muros de Pancorbo, se trama alguna conspiracion y se ha visto en la necesidad de dar un ejemplo; y estas consideraciones han impedido al consejo á aplicar la ley en todo su vigor.

RAM. Ley de sangre, no produce mas que sangre. ¿Y sabeis cual será el ejemplo? Que un mártir, hará levantar un millon de mártires. ¡Ah! hé aquí el coronel. Tengo necesidad de hablar con él.

LEON. Voy á vigilar á mi compañía de guardia en este palacio. (Este es demasiado francés para ser un capitan del ejército español).

ESCENA X.

EL CORONEL SEGUIDO DE CUATRO OFICIALES FRANCESES.

COR. (*Hablando á un oficial*). Dentro de una hora y en el sitio designado, que se ejecute la sentencia.

La ejecucion está confiada á vosotros, segun he establecido en la órden del dia. (*Los oficiales parten.*) Para unirme á tu deseo hice que se volviese á ver la sentencia en

el consejo de guerra... aquel desgraciado allí... (*Señalando su habitacion*) no solo no ha hecho revelacion alguna, sino ha confirmado con su aire altanero y resuelto á todos los que están contra él. La sentencia fué confirmada entonces por unanimidad. ¿Qué puedo hacer? ¿Dar ejemplo de una culpable escitacion, de una imperdonable debilidad, cuando mas que nunca se necesita energía y rigor?

RAM. ¡Pero esta sentencia es un delito!

COR. ¿Ramiro, qué dices? (*Pausa dulcemente*) Para los revolucionarios, sí; es un delito... Pero para los franceses no; es el cumplimiento de un deber. Para nosotros, soldados, tu debes saberlo, todo debe ceder ante el deber... y este deber estamos obligados á cumplirlo, aun á costa de nuestra vida, desde el dia que prestamos el juramento, y ya sabes que este juramento lo hemos prestado por nuestro honor. ¿Perdona el *Exterminador* á uno solo de los nuestros cuando cae en sus manos? ¿Corresponderia yo dignamente á la confianza que ha puesto en mí el Gobierno, haciendo traicion á los intereses de la pátria por debilidad de corazon? ¿Puedes creerlo, Ramiro?

RAM. (*Con afecto*) ¡Oh! no. Basta que yo recuerde la batalla de Medina para estar convencido que teneis el alma mas generosa y leal de cuantos hay en el ejército, y al impulso de esa alma generosa apelo.

COR. ¿Para que perdone la vida á ese jóven, y entre la desconfianza en el ánimo de los soldados, y la audacia entre los habitantes de Pancorbo, para que unos y otros crean que nosotros tenemos miedo? ¿En este momento en que la fortuna nos vuelve la espalda? ¿En el momento en que toda la España meridional está en poder del enemigo, y cuando nuestro ejército está circundado, perseguido de cerca? En verdad, que al oirte hablar de este modo, no te reconozco por aquel valiente soldado que ha derramado tanta sangre y se ha cubierto de gloria bajo nuestras banderas.

RAM. Pues bien; ya no soy aquel soldado. Siento en mi interior una cosa que se subleva contra vuestros estraños sofismas .. Si deseábais que permaneciese fiel á vuestras banderas, debíais haberme dejado en Alemania... no... ahora detesto este uniforme... aborrezco ésta bandera.

COR. (*Cogiéndole la mano.*) ¡Oh Ramiro! ¿Y eres tú mi mas leal amigo? ¿Eres tú mi inseparable compañero de guerra y de peligros? ¿Qué hay, pues?

RAM. (*Conmovido.*) No lo sé... solo sé que no puedo vivir de

está manera... que este grado me pesa... que este uniforme me sofoca... que dentro de mí una voz me grita diciéndome que soy un víl .. que soy un infame... que soy un traidor .. ó que soy muy... ¡pero muy infeliz! (*Llora.*)

COR. Pobrecito, tienes razon... Tu sangre española hierve bajo el uniforme de soldado francés... tienes razon... No debia haberte permitido que me siguieras á España... Es verdad... He sido un egoista.

RAM. ¡Ah! no... no hables así padre mio... yo os amo... mi vida es vuestra... no haced caso de lo que digo... soy un desagradecido... un indigno... un ingrato.

COR. No, mi pobre Ramiro... eres un corazon noble... y si es verdad que me amas, debes darme una prueba... debes volver mas allá de los Pirineos... á las filas del ejército que disputa palmo á palmo á la Europa entera, el sagrado suelo de Francia. Hoy mismo escribiré al mariscal Jourdan.

RAM. Pedid tambien vuestro traslado.

COR. ¡Oh, no!.. No puedo alejarme ahora que amenaza el peligro... seria una cobardía.

RAM. ¿Entónces tendré yo que abandonaros cuando son mayores los riesgos que os circundan?

COR. Yo mismo sabré librarme de ellos.

RAM. ¡Oh! no, no os abandonaré.

COR. Darás una prueba de afecto y de devocion á tu querido amigo... obedecerás, ¡oh! sí, obedecerás las órdenes de tus superiores

RAM. ¿Y faltaré al juramento que hice á mi padre? ¿Y cómo sobreviviré, que no permita Dios suceda, en que llegase á saber habíais sido muerto sin estar yo á vuestro lado? No, no... es imposible.

COR. Dentro de pocos dias te unirás al ejército que está al otro lado de los Pirineos.

RAM. Y juro que me haré matar al primer encuentro con el enemigo.

COR. Y yo lloraré tu muerte y bendeciré la memoria de un valiente muerto por mi amada tierra natal. (*pausa*)

RAM. Y ahora padre mio. ¿No me dejareis la esperanza de una mutacion de pena?

COR. ¿Para ese bandido?

RAM. El no es un bandido.

COR. ¿Con que tu le conoces? ¿Con que tu sabes algo?

RAM. Yo... Nada... ¿Qué tengo de saber? (¡Dios mio! ¡Iba á denunciar de Celina!)

COR. ¡Cuidado, Ramiro!... No estoy convencido de que ese conspirador ha venido por casualidad á este palacio.
RAM. (*Con impetu*) ¡Qué, sospechariais de Celina!
COR. ¿Con que no me hé engañado? ¿Tú la amas? (*Bajito.*)
RAM. Sí.
COR. ¿Y ella te ama? (*Pausa*) Mírame cara á cara... No bajes la cabeza... ¿Este amor no daria lugar á que te volvieses un traidor de tu bandera?
RAM. (*Con ímpetu*) ¡Ah! ¿Pudieras sospecharlo?
COR. No.., No lo creo, no lo creeré nunca.

ESCENA V.

BENITO, CELINA Y DICHOS.

BEN. Señor Coronel, la señora Duquesa desea hablarle.
COR. Que pase adelante. Estoy á sus órdenes (*Vdse Benito.*)
RAM. (*Vá al encuentro de Celina, y al besarle la mano le dice:*) Tiene sospechas. ¡Por Dios, no os hagais traicion!
CEL. (*Muy pálida.*) Coronel, nunca os hé ocultado los sentimientos que me inspirais vos y vuestros soldados.
COR. Sentimientos que encuentro muy naturales en una noble dama española, que aprecio altamente.
CEL. Y que sin duda son los que profesaríais vosotros con respecto á nosotros, si invadiéramos vuestro país.
COR. Sin duda.
CEL. Pues bien, soy vuestra enemiga, pero soy mujer.
COR. De altas y nobles prendas.
CEL. Soy mujer, y aun tengo las debilidades de mi sexo, la idea de que ese jovencito, ese tierno, ese adorable jovencito. (*Reponiéndose.*) Que por lo demás, yo no lo conozco... el cual habia pedido y obtenido hospitalidad en mi palacio, ha sido arrestado aquí... Y que será fusilado, turba mi sueño... Me horroriza... Me estremece... Mas pensad, Coronel, que lo que vais á hacer es un horrible delito. Pensad que ese jóven puede haber sido enviado, sin saber siquiera que llevaba un peligroso pliego en su vestido: pensad, que aunque lo hubiera sabido, no está en la edad de reflexionar, ni de pesar la importancia del acto que cometia... pensad, que todas las legislaciones del mundo admiten la irresponsabilidad en los menores de edad... pensad, en fin, que esta sangre inocente que vais á derramar, caerá sobre vuestra cabeza,

y escitará la venganza de Dios, que no dejará impune, por mucho tiempo, tan atroz delito.

Cor. Me duele mucho no poder adherirme á vuestras súplicas, que sin embargo tienen aire de una amenaza. Las leyes militares que hace tiempo rigen en este país, no contienen distincion, ni de sexo ni de edad. Nuevas prescripciones superiores nos recomiendan la rigurosa aplicacion. El consejo de guerra ha decidido dos veces por unanimidad. Yo no puedo reusar de hacer que se ejecute la sentencia.

Cel. ¡Oh! Pero este infeliz no puede morir así... ¡Oh! Se me destroza el alma, pensando la desolacion de su pobre madre... ¡Porque ese infeliz debe tener una madre! ¡Cuándo le digan, tu hijo tan jóven... tan bello... tan lleno de vida y de esperanza, ha sido muerto porque le han encontrado en su vestido un pedazo de papel, del cual ignoraba el contenido! ¡Lo han matado á aquel pobre mártir, no lo volverás mas á ver! ¡Pobre madre! ¡No lo volverá mas á ver! (*Llora.*)

Ram. ¡Ah! ¡Se vende! (*Con gestos le ruega que se serene*)

Cor. Creedlo Duquesa, no está en mi poder salvarlo... Vos me haceis sentir, mas que nunca, el peso de mi dolorosa situacion (*Conmovido.*)

Cel. (¡Valor!) (¡Valor!) Bien... paciencia, me resignaré á este gran disgusto.., (¡Ah! lo mataré... Lo mataré.

ESCENA VI.

Leon por la izquierda y Dichos.

Leon. El Mayor Flesier, manda decir al Coronel, que, recorriendo con su batallon los alrededores de Pancorbo, en el antiguo camino de Burgos á Pamplona, há sorprendido á un montañés de aire sospechoso. Registrado que fué con la mayor escrupulosidad, se le encontró un pliego escrito en cifra del *Esterminador*, dirigido á la junta revolucionaria de Pamplona. Amenazándole, y lleno de temor, confesó que el *Esterminador* vá en marcha hacia Tafalla. Segun las medrosas revelaciones del montañés, el gefe guerrillero habria tocado ya la orilla izquierda del Ebro,

Cor. ¿Con que mis sospechas son infundadas? No, no estamos amenazados. El *Exterminador*, segun esto, parece tiende á sublevar la Navarra para hacer mas difíciles las

comunicaciones de nuestro ejército entre Vizcaya y Cataluña. (*Hablan entre sí.*)

CEL. (*Que habrá manifestado alegría comprendiendo que esto es una estratagema del Exterminador.*) ¡Ah! El estragema de que nos habló parece que tendrá buen resultado, pues así descuidarán su vigilancia.

COR. Mandaremos un correo á Vitoria, un batallon lo escoltará (*Continúa hablando.*)

ESCENA VII.

DICHOS, BENITO POR LA IZQUIERDA CON UNA ROSA.

BEN. Para la Sra. Duquesa de parte del conde Manrique. (*Bajito.*) Es la rosa de la revelacion

COR. (*Distraidamente.*) Sin embargo, quiero interrogar yo mismo á este montañés. Sra. Duquesa...

CEL. (*Que apenas vé volverse de su lado al Coronel huele la rosa descuidadamente.*) El coronel se marcha seguido de Ramiro y Leon.

LEON. (*Al irse.*) ¡Es una hermosa mujer! Casi se pudiera por medio de ella hacer la paz y estrechar alianza con la España.

CEL. ¿Con que nó hay vía de salvacion?... Deberá perecer... ¿Tendré que verlo fusilar y callar?... No, no puede ser... Lo revelaré todo... Diré quien es él...

BEN. Sra. Duquesa, os perdereis sin salvarlo.

CEL. ¿Qué me importa? Sufriré su suerte, moriré yo tambien.

BEN. Pero vuestras revelaciones frustarian probablemente el golpe de esta noche.

CEL. ¡Ah! ¡Conque la patria pide su sangre! ¡Tendré que dejarlo morir!

BEN. Examine la rosa que le ha enviado el conde Manrique.

CEL. (*Como apercibiéndose apenas.*) ¡La rosa que me ha enviado el conde! (*Empieza á deshojarla.*)

RAM. Deténgase, que viene gente,)

ESCENA VIII.

RAMIRO POR EL FONDO Á LA IZQUIERDA Y DICHOS.

RAM. (*Su dolor me destroza el corazon.*) He podido obtener del teniente Soligny un breve coloquio con el prisionero... Si quereis verlo...

Cel. ¡Oh! ¡Si, que yo lo abrace!
Ram. Hay que apresurarse, alejad á Benito.
Cel. Véte (*Benito se va por la derecha.*)
Ram. (*Hácia la puerta del coronel.*) Sargento Gauttier, acompañad aquí al prisionero.

ESCENA IX.

DICHOS; UN CABO VIENE Á DISPONERSE, CON EL SALUDO, Á LAS ÓRDENES DE RAMIRO: POR LAS HABITACIONES DEL CORONEL VIENE UN SARGENTO, Y CARLOTTIER ACOMPAÑANDO Á MELCHOR, QUE VENDRÁ MUY PALIDO.

Ram. Apostad á los centinelas en la escalera; marchaos. (*Vánse todos menos Melchor, Celina y Carlottier.*)
Carl. (*A Melchor.*) Comprendo que es una cosa muy dura... Tan jóven, pero por otra parte el que rompe paga... No trato reprobaros... Antes os aseguro que me causais compasion. ¡Oh! por lo demás, no se sufre nada... Pensad que nunca lo he esperimentado, pero es cosa de un momento.
Ram. (*Al Sargento.*) Andad tambien á esperar en la escalera, y dejad al prisionero conmigo. (*Váse el Sargento.*) Pronto, véte, ¡maldito charlatan!
Carl. Los lobos no se muerden unos á otros, y la sangre no es agua. (*Váse.*)
Cel. (*Apenas se marcha, corre á abrazar á Melchor, y en el abrazo deja caer la rosa que tenia entre las manos. Ramiro la recoje y se la guarda en el seno.*) ¡Oh, mi pobre Melchor! ¡No podré hacer nada, nada por tí!
Mel. (*Tristemente.*) Nada, mas sin embargo pudiérais hacer alguna cosa que os agradeceria muchísimo... No afligirme con vuestras lágrimas en estos momentos supremos? ¿Creis que no esté yo angustiado? ¡Oh, no, no es verdad que la muerte no causa miedo, no se afronta la muerte con frio estoicismo cuando no se tiene diez y siete años! Jóven, noble, rico, me sonreia el porvenir... Dentro de poco hubiera abrazado la carrera de las armas... Hubiera peleado por la gloria, por la redencion de la pátria. (*Con voz trémula y animándose.*) Pero la pátria pide mi sangre, pues bien... A vos os toca verla derramar con valor... ¡Hagamos los dos este sacrificio por la pátria! ¿Mi sangre, puede serle útil? Sea, pues, derrama-

da. ¿No le habia consagrado yo todos mis pensamientos? ¿Toda mi vida? Sí, tia mia... No debiliteis mi firmeza. Dejadme sentir todo el orgullo de morir por esta noble, opresa y hollada tierra nuestra. No llorad, envidiad mi suerte, que me concede tributar en tan corta edad un gran servicio á mi país y tener tan honroso fin.

CEL. *(Serenándose.)* ¡Ah, tu heroismo será célebre en toda la posteridad!

RAM. *(Conmovido.)* ¡Oh! ¡Y yo estoy en medio de tantas virtuosas abnegaciones; de tantos heróicos sacrificios!

CEL. (A las dos de la madrugada el *Exterminador* atacará vigorosamente á los franceses por fuera... Nosotros nos sublevaremos dentro... Yo mismo daré muerte al Coronel.)

MEL. (¡Ah! ¡Ahora muero contento! ¡La pátria quedará victoriosa de sus enemigos, y yo quedaré vengado!)

CEL. (¡Ah! Sí, serás vengado.)

ESCENA X.

DICHOS. SOLIGNY DE DENTRO, DESPUES SALE.

LEON. *(De dentro.)* ¡Capitan Diaz!

RAM. *(A Celina.)* ¡Dios mio, ya vienen!

MEL. *(Separándose de Celina que lo besa multitud de veces)* ¡A Dios tia mia, valor!

CEL. ¡Dios mio! Y no deber llorar cuando se siente arrancar el corazon.) ¡Oh, Melchor, que te bese todavía. *(Lo hace.)* — *(Pausa.)* — *(Se separa de él.)* Ahora vé. *(Prorumpe en llanto.)*

LEON. *(Compareciendo.)* Capitan, el Coronel os llama.

RAM. ¡Ah! ¡Vivir en medio de estos horrores!.. ¡Oh, no... Hay que concluir! *(Vase.)*

LEON. ¿Quereis seguirme, pobre jóven?

MEL. Estoy pronto.

LEON. ¡Qué lástima, tanto valor y tan jóven!

MEL. *(Con arrogancia.)* Nunca es uno demasiado jóven para empezar á obrar bien. *(Vase por el fondo.)*

CEL. *(Pausa, mira alrededor.)* ¡Se lo han llevado! ¡El muere! ¡Oh mi querido Melchor.! ¡Ya no hay esperanza! ¡Lo van á matar! *(Se oye una detonacion de fusiles.)* ¡Ah! *(Pausa, se levanta resuelta.)* No mas lágrimas... ¡Sangre!.. ¡Venganza!.. En medio de mis dolores me queda aun una alegria grande que saborear... Mis ojos, que han derramado tantas lágrimas podrán aun recrearse con la vista del estrago. ¡Oh! quiero ver correr á mares la sangre de estos infames

bandoleros para quienes no hay nada sagrado; para los que no hay tierra inviolable. ¡Oh! sí. ¡Venganza! Y ¡Maldito sea el brazo español que en el momento del estrago deje con vida á un francés!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO V.

La escena del acto IV. Es de noche. Una lámpara sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

BENITO ENTRA CON PRECAUCION POR LA PUERTA DEL FONDO Á LA IZQUIERNA. SOLO EL CENTINELA ESTÁ DESPIERTO. EL CABO Y LOS DEMAS DUERMEN.

BEN. (*Acercándose á la puerta del Coronel.*) Tambien él debe dormir Se retiró á las diez; ahora es mas de media noche. ¡Dormir! Pero ¡Cómo puedo dormir á la vista del triste espectáculo de fusilar al conde de Lermas! ¡Pobre niño! Muerto como un héroe ¡con el nombre de la pátria en los labios! Ahora estará entre los ángeles; el lugar de los mártires es el cielo. (*Pausa.*) Pero pronto será vengado. (*Examina dos pistolas.*) Esta noche podrán servir para algo. (*Va hácia el fondo y saca el rosario.*) Entretanto rezaré las preces de los difuntos por el alma de D. Melchor. (*Pausa, y sale por la derecha.*)

ESCENA II.

RAM. *Por el fondo con uniforme completo, sin sombrero, pálido, con la rosa del acto cuarto deshojada, despues de haber estado escuchando dice.*)¡Nada! Gracias Dios mio... He llegado á tiempo. (*Pausa.*)

¡Ha sido una inspiracion divina que antes de acostarme halla yo besado mil veces aquella rosa! Ella me ha revelado toda la horrible trama. El palacio será asaltado dentro de una hora... Mi bienhechor caerá muerto por mano de la que adoro... ¡Esta es una lucha horrenda! ¡Oh Señor Dios, haced que me vuelva loco! Pudiera conducir el piquete que dá la guardia al Coronel, sobre la puerta, aquí en aquella... Mas entonces él arrestará á

Celina con el puñal en la mano... Y sin embargo, yo no puedo consentir dé muerte al Coronel!.. ¡Asi, este es el momento en que pondrán en ejecucion el sanguinario consejo del Exterminador... Cuando no se puede hacer nada, cuando no se puede salir sino por otro camino de este círculo de hierro... Se muere...

¿Pero basta esto para tranquilizar mi conciencia? ¿Cumplo así con el juramento que hice á mi padre moribundo? ¿Pago de esta manera el reconocimiento que debo al Coronel? ¿Dejaré que lo maten mientras puedo salvarlo?.. Oh lo salvaré, ó moriré con él...

ESCENA III.

CELINA POR LA DERECHA, CON CAUTELA, Y DICHO.

Todo es silencio; ia hora de la venganza, la hora de la redencion se acerca... ¡Oh! Melchor mio,.. ¡Pobre mártir de la santa causa, si me miras desde el cielo veras que en este momento no tengo miedo! mi brazo no tiembla. (*Se dirige hácia la puerta del Coronel..*

RAM. (*Que impide el paso*). ¡Es ella!

CEL. ¿Quién vá? (*Retrocediendo*).

RAM. ¡Yo!

CEL. (*Reconociéndole*). ¿Vos?

RAM. (*Toda la escena en voz baja*). Yo, que vengo á proteger el sueño de mi bienhechor y salvarlo de vuestro puñal.

CEL. ¿Y quién os ha dicho?...

RAM. Una rosa que cayó de vuestras manos ayer, y la recojí como prenda de amor.

CEL. La rosa de la revelacion. Es un medio que usa el *Exterminador* para sus comunicaciones.

RAM. Efectivamente, esa rosa que yo besaba con embriaguez para aspirar el hálito de vuestra boca, produjo un finísimo papel que me lo reveló todo.

CEL. Y bien. ¿Qué pretendeis, qué quereis hacer aquí?

RAM. Nada mas que impedir que mateis al Coronel.

CEL. Entonces, id desgraciado, á descubrirle la conspiracion y denunciar tambien mi nombre. ¿Qué os detiene?

RAM. ¡Ah Celina! ¿y puedes creerme capaz? Hace mas de una hora que he descubierto la trama, y por tu amor, por el amor de nuestra pátria, no he dado la alarma, abandono á la suerte á mis compañeros de armas, falto á mi fé, á

mi honor, y no me reservo mas que protejer la vida de este hombre á quien tanto debo. ¿Y es justo, que se me eche en cara tan sanguinoso reproche?

CEL. ¡Ah! Ramiro, perdóname. El haberte encontrado aquí cuando menos te esperaba, cuando no te hubiera querido encontrar, en este terrible momento, me ha impelido á pronunciar palabras amargas... Ahora vá... huye...

RAM. ¡Jamás!

CEL. ¡Oh Dios mio! ¿Pero qué quieres? Yo debo matar á ese hombre.

RAM. Y yo debo salvarlo.

CEL. Pero yo lo he jurado

RAM. Y yo tambien.

CEL. Pero á mí me lo ordena la pátria y la sangre inocente de Melchor.

RAM. Y á mí me lo ordena la voz de mi moribundo padre y mi reconocimiento.

CEL. ¡Ramiro, Ramiro! Quítate de ahí!.. déjame el paso libre... hazlo por mi amor... hazlo por tu amor... hazlo por lo que hay de mas sagrado!

RAM. No, jamás.

CEL. El golpe que yo dé será la señal del ataque... de la revolucion. . solo su muerte nos asegura el buen resultado.

RAM. No llegarás á él, sino pasando sobre mí.

CEL. ¿Pero tú quieres que yo te mate?

RAM. ¡Mátame!

CEL. ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¿Cómo haré para mover este desgraciado? (*Pausa*) ¡Escúchame Ramiro, escúchame por piedad... Ves Ramiro, yo te he amado siempre, porque eres bello, noble, virtuoso; te he amado, Dios me lo perdone, cuando te creia un traidor de tu país... Cuando supe tus desventuras, la lucha en que te agitabas, te amé mil veces mas... y te amo con toda la efusion, con toda la fuerza de mi alma .. y la terrible angustia de este momento, que te diga cómo y cuánto te amo .. ahora, por este inmenso, este ardiente amor, no me pongas ea el terrible trance de hacer traicion á la pátria y de matar al hombre de mi corazon.

RAM. (*Estasiado*.)Yo que haria todo .. todo lo que puede hacer la energía y el poder humano por complacerte, para ver asomar una sonrisa en tus adorados lábios, no puedo, ¡Oh Celina! en esto solo no puedo obedecerte.

CEL. ¿Mas qué esperas ahí impidiéndome el paso?

RAM. O salvar al Coronel, ó morir con él.

CEL. Pero, insensato. ¿No te cansa terror el abismo, sobre cuyo borde tú me precipitas? Ten cuidado Ramiro. Acuérdate que antes de amarte naci española... Piensa que he sacrificado todo afecto á la pátria... Huye Ramiro... El tiempo pasa... Huye por piedad. (*Arrojándose á sus pies.*) Ramiro, por la sagrada memoria de tus padres, es la mujer de tu corazon que te ruega postrada á tus piés... Aléjate de aquí, huye al instante!

RAM. ¡Oh, Celina! ¡Es imposible! (*Toca la campana de léjos à rebato,*)

CEL. (*Salta de pronto, saca un puñal y lo hiere. Ramiro dá un salto, le queda libre el paso y entra en la habitacion del Coronel. Ramiro valanceándose, intenta inútilmente impedirlo.*)

RAM. Me ha herido en el corazon .. No, ingrato .. No traidor muero contento. (*Continúan las campanas. Se oyen voces que gritan.* ¡Muerte á los franceses!.. *Golpes de mosquetes... Pero todo á gran distancia para no interrumpir la escena que sigue.*

ESCENA IV.

DICHO, BENITO Y DOS CRIADOS ARMADOS ATRAVIESAN LA ESCENA. RODRIGO CON LA ESPADA DESNUDA Y VARIOS GUERRILLEROS SE ENCUENTRAN CON EL PIQUETE DE GUARDIA.

ROD. ¿Han muerto ya todos, y el coronel Laulanesy?

ESCENA V.

CELINA POR LA IZQUIERDA.

CEL. (*Con un puñal y muy pálida*). ¡Allí está! ¡Ya está muerto! (*Arroja el puñal y se lanza en brazos de Ramiro*). ¡Oh Ramiro mio! (*Ayudada de Benito la colocan en el sillon*) ¡Con que ya no hay esperanza! ¿Y soy yo quién te ha dado muerte?

RAM. (*Languideciendo*). No llores Celina, no te desesperes... He cumplido mi juramento... Sin hacer traicion á la pátria. ¡Veo triunfar su causa!... ¡ Muero á tu lado, ángel mio!

CEL. No. ¡Soy una infame! ¡Oh, Dios mio! ¿No hay un rayo que me reduzca á cenizas?

RAM. No, Celina. ¡Mujer sublime que has sacrificado por la pátria! Era mi destino morir asi... Tu deber era obrar

como has obrado... Yo muero feliz y seguro de tu amor.., Y de tu compasion... ¿Dónde estas Celina?.. Que yo te vea aun, ¡oh! mia.... (*Muere.*)

CEL. ¡Ramiro! ¡Ramiro!.. ¡¡¡Muerto!!!

ESCENA ULTIMA.

El Exterminador con la espada desnuda, y con la manga del brazo izquierdo hecha pedazos y ensangrentada.

MAN ¡Ah, Dios nos proteje... Sonrie la victoria á nuestra santa causa... Y vos Duquesa... ¡Heróica mujer ¿Habeis dado muerte al gefe de nuestros opresores? ¿El Capitan Diaz muerto! ¿Quién lo ha matado?

CEL. Yo, yo lo he matado, Manuel, para llegar hasta el Coronel.

MAN. ¿Y vos lo amábais?

CEL. Más que á mi vida.

MAN. ¡Pero no mas que á la pátria! ¡Oh mujer magnánima, vuestro nombre será celebre en la posteridad, ¡oh duquesa! ¡Yo me postro, admirado, ante vos: vos sois la heroina de Vizcaya!

CEL. ¡No! ¡Yo soy la mas infeliz de todas las mujeres!

FIN DEL DRAMA.